

11 SOBRE LAS ASOCIACIONES VERBALES EN LA PSICOTERAPIA

CONTENIDO

1. Introducción
2. No hay “palabras solas”
3. Organización de las asociaciones verbales según nodulos de sentido.
4. Algunas conclusiones
5. Bibliografía

1. INTRODUCCION

La escucha por el terapeuta de las asociaciones verbales constituye en gran número de técnicas psicoterapéuticas un procedimiento de primera importancia. Pretendemos en este trabajo hacer hincapié en algunos aspectos lingüísticos y psicológicos que conciernen a la función asociativa verbal. **Las palabras, planteadas como función signica, los signos, los símbolos se engarzan sólidamente en una compleja red; de hecho su imposible presencia solitaria, su -ineludible- situación en un contexto hacen pensar que representan (las palabras) un arbitrario corte de las verdaderas unidades (las oraciones/proposiciones).**

La circularidad implicada por la necesidad de describir el significado de un significante siempre mediante otro significante no puede resolverse sino a través de algo que se vincule a la observación empírica o al registro metalingüístico. Sin embargo, los procesos de categorización no pueden entenderse como originados en la mera experiencia, sino que más bien **semiosis y categorización han de estar -en alguna parte- muy vinculadas.**

No parece adecuado sostener que todos los atributos que puede “contener” un signo se encuentren en un supuesto significado capaz de ampliarse y reducirse según los casos y las necesidades del momento. **Sería tal vez más pertinente postular que el significante cuenta en el plano lógico con una entrada o intensidad**

que lo define no en cuanto a contenido enciclopédico sino en tanto regla que le permite encajar en la memoria enciclopédica y generar en esa “sinapsis” un plano del contenido (significado) que de hecho son nuevas palabras/oraciones significantes. El pasaje del significante a su intensión y de ésta a la sinapsis lógica que le corresponde en la memoria podría entenderse como descodificación, el paso siguiente (generación de palabras/oraciones) sería inferencial. La, en cierto modo, inespecífica entrada general a la memoria se carga de especificidad en las cadenas privilegiadas de la inferencia de cada ser humano (y grupo de pertenencia).

Entre un signo y un símbolo no existe ninguna diferencia en cuanto a significante, ambos son “palabras” pensadas/dichas/escuchadas/actuadas; la diferencia tiene que ver con el plano del contenido. **Pero del significado de los signos (en sentido amplio) verbales emitidos -en nuestro caso- por el paciente no sabemos nada, o en todo caso no lo podemos conocer sino por las asociaciones (o en su caso inferencias) que genere: en la forma del símbolo** los caminos asociativos podrán corresponder a los caminos contrarios propuestos por el doble contenido del símbolo; via con bifurcaciones de la que el sujeto no es consciente y a cuya aceptación no puede sino “resistirse”. El lenguaje verbal está obligado a “hablar” del alimento, del amor, del odio, de mi, de tí, de nosotros, de nuestras relaciones... y, tal vez, no puede hacerlo de cualquier manera, quizá deba -en el interior de sus propias reglas- seguir los meandros de sus previos ontogenéticos. Es esto último lo que proponemos desde la unidad del individuo como sistema de relaciones objetales: el lenguaje verbal está asentado, y se ha seleccionado filogenéticamente, sobre la relación (del sujeto y sus objetos fundamentales).

Comenzaremos en las líneas que siguen por recordar la prioridad de la clase sobre el elemento y de la relación sobre el sujeto (y los objetos) con el fin de reafirmar la idea de que no existen “palabras solas”. Continuaremos con algunas reflexiones en torno a la organización de las asociaciones según nódulos de sentido y muy particularmente, dentro de ellos, mencionaremos el sistema de relaciones objetales como estructura psicológica.

2. NO HAY “PALABRAS SOLAS”

Las palabras (como el sujeto y los objetos) nunca están solas, y no lo están por razones estructurales: no existen sino como elementos de clases superiores estructuradas en sistemas.

El signo no es adecuación entre la expresión y el contenido; según Eco (1) el signo “es siempre lo que me abre a algo distinto. No existe interpretante alguno que, al adecuar el signo que interpreta, no desplace, al menos mínimamente, sus límites” (p.72). Desde la

perspectiva de Peirce (2) lo que define al signo es el ser un “algo” mediante cuyo conocimiento, conocemos más. De este modo, vía interpretante, “una parte importante del significado o comprensión de un concepto ha de estar incardinada en sus relaciones con otros conceptos en la memoria” (Lindsay y Norman 3, p.437). Es común dar prioridad al sistema sobre las clases y los elementos que lo forman y, más precisamente en el caso de las lenguas naturales, al enunciado sobre el signo. Dejando el enunciado y centrándonos en la oración verbal, el contenido de la última posee una unicidad semántica así sea condicionada por los signos (y funciones) que la integran; en lo que quisiéramos insistir es que quizá la palabra evocada espontáneamente y la palabra escuchada construyen inmediatamente una oración.

Situándonos en un ámbito más pragmático recordaremos algunos aspectos de la prioridad relacional. “La dulzura o ‘dulzidad’ -escribe Huneus (4)-, es el nombre que le asigno a lo que me pasa a mí cuando tengo azúcar en la boca. No está, por lo tanto, ni en mí, ni en el azúcar. Está en ambos” (105). El problema surgiría cuando tomamos el atributo y lo consideramos como algo exclusivo del objeto (o del sujeto). Además, en la medicina por ejemplo, el “sustantivo - enfermedad” (el cáncer, el sarampión...) no refleja la realidad del proceso: el “cancerar” o el “sarampiñar” expresan mejor el carácter dinámico del proceder (Ellerbroek comentado por Huneus, 4); Siguiendo la misma idea, en el hecho anatómico, quitar el artículo (“el” riñón,...) y sustituirlo por un posesivo (“mi” riñón...) centran, tal vez, mejor la situación siempre relacional. “La experiencia -escribe Gutierrez (5)- es un término relacional que se disfraza de nombre de cosa (...) una experiencia no es, pues, una clase especial de objetos colocados en términos de paridad con otros objetos, sino objetos en una determinada relación” (91).

La unidad es el “sistema de relaciones objetales” (SRO), lo cual es otro modo de decir que la unidad es la relación. La singularidad de un SRO corresponde a un sujeto relacionado con unos objetos de forma particular según las características relacionales. El sujeto como “sínculo” (Moreno, 6) se define por su lugar en la relación, según el autor “para cada hombre la relación es un ser-en-el-mundo, no algo que él, en cuanto preexistente entabla” (p.463). Salvando lo niveles podemos en cierto modo parafrasear con Moreno (6) a ciertos autores de la teología de la liberación para apreciar en cada ser humano una estructura “trinitaria”: tres polos organizando las clases (clases objetales masculinas, clases objetales femeninas y clase del sujeto) y un solo individuo (sistema de relaciones objetales).

Hjelmslev (7) decía que toda significación surge en un contexto (el signo aislado no la tendría). Todorov (8) sin embargo incide en que esa suposición niega toda semántica puesto que al poder ser los contextos infinitos las significaciones también lo serían. **Entenderemos nosotros la propuesta Hjelmslev en el sentido de que no existen signos “solos” sino siempre en relación: una palabra haría - desde nuestro punto de vista- surgir inmediatamente un contexto. Así, todo signo crea a su alrededor “casillas vacías” que funcionan como bombas de aspiración para otros signos según las culturales e idiosincráticas líneas asociativas biográficamente desarrolladas.** Precisamente, según Benveniste (9), el sentido de la palabra “consistirá en su capacidad de ser integrante de un sistema particular y de desempeñar una función proporcional” (p.228).

Los significantes solos no dicen todo para explicar las asociaciones y es que también el plano del contenido ata el signo con la frase, la descodificación lingüística inmediata se completa con la inferencia espontánea también inmediata. El significante “vale” por su forma y su forma equivale a la dimensión lógica representada por la intensión, entrada lógica o implicación: el significante es fundamental por su isomorfismo con la intensión (comprendida como conjunto de reglas). De este modo, en tanto pareja significante/intensión, el signo está cerrado puesto que es equivalente en los dos planos. La descodificación lingüística tendría de este modo una primera etapa como constatación de la relación significante/intensión. El movimiento siguiente, de tinte inferencial, parece presuponer una memoria de carácter enciclopédico -no un diccionario (Eco, 1)- que según Sperber y Wilson (10) no es simplemente un almacén sino “una colección de representaciones con formas lógicas proposicionales o no proposicionales ...” (p.97). Esta enciclopedia podría también, según los últimos autores, definirse como un conjunto de “supuestos fácticos” que serían el “campo por excelencia de los procesos espontáneos de inferencia no demostrativos” (p.98). De este modo el contenido -equivalente- del signo es la intensión abstracta y no consciente, el contenido extensional -tal vez en el sentido del interpretante de Peirce (2)- serían otros signos: los frutos de la inferencia o de la interpretación. La intensión del signo y la forma lógica complementaria en la memoria formarían la “sinapsis lógica” en el origen de la apertura a la semiosis.

Siguiendo con alguna libertad las propuestas de Sperber (11) distinguiremos las creencias y las figuras. Las creencias son proposiciones (‘P’) con un comentario del género: “‘P’ es verdadera”. Así -por ejemplo- “‘la patria es lo primero’ es verdadero” lanza la discusión hacia el comentario (“es verdadero”) más que a la proposición (“la patria es lo primero”). Las figuras presentan una estructura similar de proposición y contenido con una muy significativa diferencia, el comentario nos dice: “es una figura, comparación, metáfora, imagen” (por ejemplo: “‘el león es el rey de los animales’ es una figura”). Ahora bien, entre la creencia errada y la figura -ambas ligadas al símbolo- hay la misma distancia que entre “belladurmiente” y “belladurmiente”: la creencia es en términos de Sperber (11) “simbolismo inconsciente”, la figura es “simbolismo” explícito o implícito. La diferencia entre creencia y figura no está en la proposición sino en el comentario. Patria, muerte, orígenes, sexo... son temas quizás únicamente elaborables mediante el modo del símbolo, y son precisamente asuntos de los que se habla en la psicoterapia, materiales ligados al símbolo que se asociarán sobre el modo de las constelaciones. Así pues lo surgido en el plano del contenido como oración/proposición, es decir el “significado” de una palabra, viene acompañado de comentarios: de “perro” nace “animal de cuatro patas, animal compañero, etc.” pero también, a la vez, “todo ello es verdad” o “es un animal existente en el mundo real”. Y las asociaciones pueden surgir por “animal”, por “cuatro”, por “patas”, por “compañero”... del mismo modo que por verdades y mentiras o realidades y fantasías...

Si lo que distingue al signo (en sentido restrictivo) del símbolo es precisamente la capacidad de este último de generar dos o más contenidos contrarios, los caminos asociativos del símbolo serán marcadamente más complejos (constelaciones).

3. ORGANIZACIÓN DE LAS ASOCIACIONES VERBALES SEGÚN NODULOS DE SENTIDO.

Las asociaciones, según Jakobson (12), pueden ser metafóricas (cueva por casa) y metonímicas (ventana por casa), las primeras siguen el eje paradigmático, las segundas el sintagmático. La clasificación de Luria (13) distingue: (i) los enlaces conceptuales (de carácter "interno" por la inclusión de la palabra en una categoría), (ii) los "enlaces situacionales" en tanto "externos" al pensamiento que elabora una situación concreta, y (iii) los enlaces por similitud sonora. Gutierrez (5, p.42) distribuye las asociaciones según el valor (eje paradigmático) y según la valencia en un polo sintagmático que acumula lo semántico -en el sentido de sintagmático para Jakobson (12)- y lo sintáctico (por ejemplo azul como atributo evocando otros atributos). Lindsay y Norman (3) relacionan las asociaciones con lo tripartito del signo, de este modo describen las asociaciones según: (i) la clase (desde "casa" surge "residencia", "domicilio"...), (ii) la propiedad (en el mismo ejemplo se asocian "rascacielos", "de madera"...), y (iii) el ejemplo ("casa de la abuela"...). Rojo Sierra (14) estudiando la memoria añade a las posibles vinculaciones de "sentido" y "secuenciales" (por contigüidad espacio-temporal) un nuevo factor: las conexiones afectivas.

Las propuestas clasificatorias, aunque múltiples, en gran medida se solapan. La riqueza y variedad de las cadenas asociativas parecen recordar la idea compleja de enciclopedia (Eco, 1) como sino antitética sí diferente de la de diccionario. En cualquier caso hay un punto en el que nos interesa incidir: **cualquiera sea la dominante de la cadena asociativa generada se da sobredeterminación. "El lenguaje, que es un sistema de signos- escribe Todorov (8)- está invadido por otros muchos códigos que son, todos ellos, sistemas de símbolos" (p.56). En la sobredeterminación, como efecto o causa, traslucen las múltiples cadenas asociativas. El juego asociativo de los signos sigue tanto al significante como al significado. Las cadenas asociativas se establecen por "cualquiera de los lados" gozando de todos los medios.** Podemos tomar como ejemplo una cita de Freud (15, p.597) quien, sobre un sueño añadido en 1919, escribe: "En un análisis que hube de llevar en francés se presentó la labor de interpretar un sueño en el que el sujeto me vio convertido en elefante. Naturalmente le pregunté cómo había llegado a representarme de tal forma. La respuesta fue: Vous me trompez (Usted me engaña). (Tromper = engañar: trompe: trompa)". Las asociaciones de índole sensual pueden también entremezclarse en el flujo asociativo, es el caso del lapsus ya célebre en el que Freud (16, p.758) asocia Signorelli, Botticelli, Signor, Herr, muerte, sexualidad etc... siguiendo los meandros del significante y del significado; pero a la vez el cuadro de Signorelli (el juicio final de Orvietto) es altamente violento y sexual. Por otra parte la finura -casi ternura- de Botticelli es bien conocida.

Asociaciones según el paradigma, el sintagma, el contexto mediato o inmediato, los afectos generados, las estesias, la sonoridad... un bosque de situaciones que, pensamos, posee fundamentalmente carácter instrumental siendo el corazón de la cuestión, precisamente, las constelaciones asociativas. ¿Pero todo son palabras?, ¿existe un pensamiento sin palabras?, y si existe: ¿cómo sabríamos de él?...

Para Merleau Ponty (citado por Huisman y Vergez, 17) el pensamiento “no existe fuera del mundo y de las palabras. Lo que nos equivoca en ello, lo que nos hace creer en un pensamiento que existiría para sí antes de la expresión, son los pensamientos ya constituidos y ya expresados que podemos llamar a nosotros silenciosamente y por los que nos damos la ilusión de una vida interior. Pero en realidad, ese silencio es ruido de palabras, esta vida interior es lenguaje interior” (p.60).

No obstante el lenguaje debe entonces poder asumir sus previos. Si no sólo tengo un lenguaje sino que lo soy, su puesta en marcha, su funcionamiento corresponde a la elaboración (mediante la función signica) de lo que también soy: relación -en tanto sistema de relaciones objetales (SRO)- y cuerpo. Visto el aparato cognitivo como una parte de la totalidad, con sus elementos y componentes, y por otra parte visto el SRO como la clase del sujeto y las clases objetales relacionadas según la dinámica de la unión/separación, el lenguaje ha de tomar como previos estas diferentes estructuras con las que ha de desempeñarse. Si percibo una persona y la sitúo en una clase objetal de tal o cual tipo, ello implica algunos presupuestos: (i) que se dé la presencia -o su virtualidad- de las clases objetales en alguna parte de mi psiquismo, (ii) que esas clases posean unos rasgos distintivos, (iii) que de la percepción general del objeto extraiga (construya), o en su caso proyecte, unos rasgos coincidentes con los de las clases.

Para Eco (1) existe una definición semiótica de los perceptos; tomando como ejemplo el signo “gato”, el autor escribe: “las propiedades semánticas que generalmente el código lingüístico pone en correlación con el lexema /gato/ coinciden con las propiedades semánticas que un código zoológico pone en correlación con ese percepto determinado establecido como artificio expresivo” (p.p. 281-282). De este modo habría coincidencia en los planos del contenido entre la palabra “gato” y el percepto correspondiente. La comparación equipararía signos pertenecientes a códigos diferentes. **Visto de este modo, el código lingüístico se correlacionaría también con las propiedades semánticas de un código que organiza el sistema de relaciones objetales. El sujeto que percibe y se siente concernido en la relación con un objeto, o bien asocia el código del lenguaje verbal con el código del sistema de relaciones objetales (SRO), o bien -y es lo más probable- el código verbal en su vertiente de la memoria posee en ese aspecto de su propia ordenación un isomorfismo capaz de reflejar la estructura del SRO.** En un sentido similar Sperber y Wilson (10) piensan que percepción general del objeto debe de elaborarse en concepto con propiedades lógicas que le permitan acoplarse puesto que “tienen que ser capaces de implicarse o contradecirse las unas a las otras y de someterse a reglas deductivas” (p.95). La ubicación de las clases objetales tal vez sería atribución de la “memoria conceptual cualitativa”, como las entienden los últimos autores (conjunto de conocimientos y supuestos almacenados como “supuestos fácticos”). Un aprendizaje previo instalaría las clases objetales -y más generalmente el sistema de relaciones objetales- de un modo tácito y abstracto en un sentido similar a la propuesta de Lewicki -comentado por Ruiz Vargas (18) que construye unos “algoritmos de codificación, que son los que proporcionan las reglas de inferencia elementales con las que el individuo transforma los estímulos en experiencias significativas y convierte estas a su vez en códigos de memoria” (p.131).

Las palabras como funciones sígnicas engloban el plano de la expresi3n y el plano del contenido, a su vez se inscriben en oraciones y proposiciones que son su contexto imprescindible. Por otra parte se enraciman en el sistema verbal, él mismo inscrito en el individuo humano. De acuerdo con las hipótesis estructurales que aquí seguimos (Zuazo, 19), las relaciones del sujeto con los objetos definen al individuo; en el enunciado ling stico las cadenas asociativas -siguiendo las reglas respectivas del canal de comunicaci3n- constituirán grumos según las clases de objetos de la bipolarizaci3n paterna y materna. El individuo que habla (o piensa) se dirige siempre a un interlocutor. Las funciones conativa, expresiva y f tica son evidentemente relacionales (Jakobson, 20), pero dado el hecho autorreferencial, el resto de funciones de la enunciaci3n ven contaminarse su objeto por la relaci3n del individuo hablante con ese objeto. **Todos hablamos con mayor o menor grado de consciencia y, siempre; de nosotros mismos, es decir: de nuestra relaci3n con los objetos, no de los objetos. Las asociaciones podrán llevarse a cabo según la hegemonía en el plano de la expresi3n o en el del contenido siguiendo los ejes de la similaridad/o de la contigüidad. Los elementos de cada una de las clases objetales de la estructura psicol3gica (sistema de relaciones objetales) presentarán una coherencia en cada grumo asociativo; los elementos podrán ser también asociados según espectros relativos a los mecanismos de uni3n/separaci3n.** Poco tienen que ver las asociaciones con la consciencia o no consciencia de los materiales psíquicos. La intervenci3n consciente tendría tal vez solamente tres campos de operaci3n: (i) las "racionalizaciones" como justificaciones del por qué de tal camino asociativo (racionalizaciones que ellas mismas pueden manifestarse como materiales asociados), (ii) el ejercicio voluntario de interrupci3n de una cadena asociativa mediante actitudes selectivas, (iii) el acto voluntario de continuar, o en su caso iniciar, un camino asociativo.

Seguir por el hilo del enunciado al ovillo del campo semántico no es dirigirse de lo consciente a supuestos materiales reprimidos que no tendrían acceso a la consciencia sino por las deformaciones asociativas; desde los prop3sitos emitidos en un instante dado, las asociaciones permiten su ubicaci3n en el conflicto y en los grumos de sentido personal. Cuando un material psíquico es altamente conflictivo lo es para todo el psiquismo; pensamos que la frase de "ojos que no ven coraz3n que no siente" carecería de sentido si la atribuimos a la dinámica "intrapsíquica": una vez "visto", nada puede hacerse para que no sea retenido, una vez que el psiquismo aprehende un material no puede hacerse no-consciente de forma activa. **Si a "ver" le damos el sentido de "ser consciente", diremos que el sujeto nunca es consciente del conflicto (como simultaneidad de opuestos), sin embargo ello no impide que el aparato cognitivo trabaje con los conflictos extremos mediante la elaboraci3n cognitiva ligada al símbolo (Zuazo, 21). El sujeto conscientemente no puede aprehender los conflictos cuando sobrepasan un cierto umbral, así pues, el sujeto no "reprime" un material psíquico conflictivo que ha sido, por tanto, previamente consciente. Cuando mediante la hegemonía del signo (en sentido restrictivo) el psiquismo no puede elaborar un conflicto se pone en movimiento la hegemonía del símbolo que implica la no consciencia y se expresa, como efecto, en los mecanismos de defensa.** La organizaci3n hegem3nica del símbolo establece grumos asociativos de los que forman parte los símbolos tomados como elementos.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

Nos hemos situado en una corriente que hace del lenguaje verbal un procedimiento de elaboración cognitiva y no un mero instrumento de comunicación. Por otra parte pensamos que la unidad -en el ser humano- es la relación (y no el sujeto o los objetos que la componen), relación que es elaborada por el signo/símbolo (o más bien por las organizaciones relativas a ellos).

Los diversos conjuntos de la estructura psicológica interna funcionan de tal modo que la transformación de uno de ellos genera cambios en cadena. Estos conjuntos se ordenan según las clases objetales y los mecanismos de unión y separación. Al “sentido” de la palabra, que marca la dirección asociativa, hay que añadir el mecanismo dominante de la relación en la que se encuentra inmersa; el “sentido” restrictivo y la hegemonía del mecanismo quizá se sitúen en el “interior” del propio sentido general. **Las constelaciones asociativas presentan núcleos sobre los que gravitan los diversos materiales asociados; núcleos constituidos por la intersección de los mecanismos de unión/separación y de los objetos en su interrelación con el sujeto.**

Durante la psicoterapia el hecho de incidir sobre las asociaciones contextualiza el enunciado del paciente; el sujeto puede experimentarlo como sorpresa/cuerpo extraño cuya digestión tiene que ver con la posibilidad de elaborar los materiales mediante la hegemonía del signo. Ser consciente de un material psicológico requiere la puesta en marcha de la memoria; emitir un enunciado supone realizar una selección entre posibilidades según los materiales proporcionados por la memoria. Desde nuestra perspectiva un lapsus no marcaría el lugar de una “represión” sino el emplazamiento de un conflicto no elaborable mediante la hegemonía del signo. **El lapsus expresa un vacío de signo y a la vez un pleno de símbolo. La organización hegemónica del símbolo no “habla” directamente, contornea, “dice” mediante alusiones asociativas.**

Elaborar un material psicológico corresponde a construir oraciones/proposiciones/signos verbales a partir de lo que el individuo -como escribe Sperber (11)- “oye enunciar, también a partir de lo que siente, de lo que ve, de lo que toca y de los sonidos que oye, y que no son discurso”, (p.140). Cuando el individuo escucha un enunciado a partir del significante y su intensión encuentra la “sinapsis lógica” en la memoria enciclopédica que genera la extensión del significado (que de hecho consiste en el conjunto de oraciones/palabras incumbidas emparejadas con nuevas intensiones capaces de producir nuevas extensiones). Cuando el individuo percibe un estímulo (interno o externo) y -en el ejemplo de Eco (1)- se dice: “esto ‘es’ un gato”, la cópula “es” tomaría carácter metalingüístico ya que asocia un hecho lingüístico (“gato” como significante verbal) con una percepción semiotizada. Un camino similar tomaría la asimilación de otro individuo para el sujeto en tanto es “categorizado” en una de las clases objetales. Si la cópula “es” ha de cubrir varias descripciones, especialmente si son contrarias, un signo (siempre inscrito en la oración) específico habrá de ponerse en marcha: el símbolo.

En todo caso, para el tema que nos ocupa, el engarce de la palabra con la oración (sea proposición o comentario a ella) es múltiple tanto en lo que toca al significante como al significado: no hay palabras solas ni asociaciones unidimensionales por más que puedan predominar en un momento dado aspectos fonéticos ó aparentes características del significado. Más bien estos últimos aspectos tomarían un carácter instrumental para hundir sus raíces en el sistema de relaciones objetales funcionando sobre el modo de una infraestructura. Por delante, por detrás, a la derecha, a la izquierda... por todos los lados las palabras se asocian: en el plano de la expresión, en el del contenido, en su capacidad referencial, en su vinculación empírica, en el comentario metalingüístico. El contexto hace palabra, pero la palabra fabrica -también- su contexto. Una psicoterapia sin asociaciones es simplemente una psicoterapia que desconoce que trabaja con asociaciones.

5. BIBLIOGRAFIA

- (1) Eco U. Semiótica y filosofía del lenguaje. Barcelona: Lumen, 1990.
- (2) Peirce Ch S. La ciencia de la semiótica. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- (3) Lindsay P H, Norman D A. Introducción a la psicología cognitiva. 2ª ed. Madrid: Tecnos, 1986.
- (4) Huneeus F. Lenguaje, enfermedad y pensamiento. 4ª ed. Santiago de Chile: Cuatro Vientos, 1994.
- (5) Gutierrez Ordóñez S. Introducción a la semántica funcional. Madrid: Síntesis, 1992.
- (6) Moreno A. El aro y la trama, epistema, modernidad y pueblo. Valencia (Venezuela): Universidad de Carabobo, 1993.
- (7) Hjelmslev L. Prolégomènes à une théorie du langage, Paris: Minuit, 1968.
- (8) Todorov T. Simbolismo e interpretación. Caracas: Monte Avila, 1981.
- (9) Benveniste E. Problèmes de linguistique générale. Paris: Gallimard, 1966.
- (10) Sperber D, Wilson D. La relevancia. Madrid: Visor Dis, 1995.
- (11) Sperber D. El simbolismo en general. Barcelona: Promoción Cultural, 1978.
- (12) Jakobson R. Halle M. Fundamentos del lenguaje 2ª ed. Madrid: Editorial Ayuso, 1973.
- (13) Luria A R. Lenguaje y pensamiento. Barcelona: Fontanella, 1980.
- (14) Rojo Sierra M. Psicopatología y psicología de la percepción, memoria y fantasía. Barcelona: Eunibar, 1980.
- (15) Freud S. La interpretación de los sueños. Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- (16) Freud S. Psicopatología de la vida cotidiana. Obras Completas. Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- (17) Huisman D, Vergez A. La connaissance. Paris: Fernand Nathan, 1961.
- (18) Ruiz Vargas J. M. La memoria humana, función y estructura. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

- (19) Zuazo J I. Aspectos de las organizaciones neuróticas desde la perspectiva de la distancia oportuna entre el sujeto y sus objetos. *Anales de psiquiatría*. Vol. XII. 1996, 3 (enero): 121-129.
- (20) Jakobson R. *Ensayos de lingüística general*. 2ª ed. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- (21) Zuazo J I. Elaboración psicológica y organización del símbolo. *Rev. de la Asoc. Esp. de Neurops.* Vol XV. 1995, 55 (oct-dic): 627-647.